

Campesino

Alfred Kreymborg

(1883 —)

Kreymborg, nacido en la ciudad de Nueva York en 1883, ha alcanzado una posición propia en la poesía norteamericana actual. En un permanente afán de simplificación poética, este músico de nacimiento, trataba de desnudar la poesía de todos los atavíos inesenciales y reducirla a su más puro movimiento musical como fundamento de su expresión, creando para esto ritmos de tan imperceptible delgadez y agilidad, que a veces parecen confundirse con la prosa, pero que en realidad se pliegan a los más íntimos movimientos y caprichos de un pensamiento sutil y a los perfiles más fugaces de las cosas. La forma gráfica en que aparecen esos poemas no es una treta arbitraria sino una forma de notación musical para guiar al lector en las sutilezas de su ritmo. El retrato rítmico de un campesino en el poema que presentamos, o algunas de sus expresiones musicales de pensamientos breves, están dibujados, no con figuras y colores, sino principalmente con los movimientos del verso, con los tonos, los acentos, el tiempo y la matemática exactitud de sus ritmos. En busca de formas de mayor atractivo popular ha publicado posteriormente largos poemas narrativos de apariencia tradicional como "The Death of John Mason", cuya robusta y sustanciosa sencillez y su tono comunal de moderno poeta juglar anuncia las posibilidades de una nueva épica pacífica y social.

Es la mezcolanza del campesinaje
lo que lo hace tan lento.

Menea la cabeza
para hablar
como una vaca
para pacer.

Plégase al hábito
de rascar con los pies
por debajo,
como un gusano medidor:
antepasados suyos
doblados sobre libros
trazaron cortas rectas
bajo dobles hileras de números
para guardar sus escasos ahorros
de filtrarse al suelo.

Si le lanzáis a quemarropa
una pregunta
parpadeará dos o tres veces
y revolverá la cabeza
como un buho
a los alfilerazos
del alba que no ve.

Hay poquísima carne
sobre sus huesos.

No hay entusiasmo
en sus zancadas:
parece que esperara
el golpe sobre el anca
para avanzar
otro paso adelante;
paso adelante ¿a qué?

Nunca una tierra,
ni casa,
ni pajar,
ha poseído;
siéntase incómodo
en sillas
en que lo invitáis a hacerlo:

si lo hiciérais,
conservaría el sombrero en la mano
en acecho del momento
en que una pausa de silencio
que atento atisba
con la oreja ladeada
lo convida a seguir su camino;
su camino ¿a dónde?

No importa nada.

Ha aprendido
a encogerse de hombros
y así se encogerá de hombros ahora:
los gusanos lo hacen
cuando alguien los detiene con un palo.

¿Qué hay un cielo encima?
¿una esperanza que pide vuelo?

Tal vez los pájaros lo sepan,
pero los pájaros
de pájaros descienden.